

INTRODUCCIÓN

Hipólito de la Torre Gómez

Acotada entre dos fechas que constituyen indudable frontera, el teatro de acontecimientos que relata este manual no es obviamente aislable. Las fronteras son siempre transiciones, “marcas” entre escenarios distintos, donde las rupturas y las continuidades, fundamento asumido de todo conocimiento y discurso históricos, aparecen sin cesar en la realidad de lo acontecido y en el esfuerzo intelectual por tornarlo razonable. El estudiante del tracto cronológico que en esta obra se propone, entre 1914 y 1989, debe referir todo él, su significado, a lo que le antecede y le sucede, en una secuencia de aprendizaje extendido por las sucesivas asignaturas que discurren entre las revoluciones de finales del XVIII y el llamado mundo actual. Los autores de esta obra podrían explicar el sentido de las dos fronteras, la de 1914 y la de 1989, en cuanto responsables de haberlas fijado (desde luego, sin la menor originalidad) y, por tanto, de haber tenido que identificar el período histórico desde una natural perspectiva cronológica externa al mismo. En cambio, alojado en su interior, lo que se le exige al estudiante del tramo histórico que este libro aborda es su relación con el pasado que lo generó y no con un tiempo venidero –territorio ajeno al estricto conocimiento histórico– que para él se abre en 1989. Y por eso también, la responsabilidad del discurso docente en este punto debe referirse únicamente al mundo anterior a 1914.

Solo sabiendo cómo era ese mundo antes de la Gran Guerra, podrá explicarse en parte por qué ésta llegó. La guerra del 14 no constituyó una necesidad, pero tampoco fue un simple acaso. Y el historiador debe cerrarse sin contemplaciones a ambas imposturas. Son lo peor posible: inútiles. La cuestión es encontrar una razonable relación de sentido entre los fenómenos y acontecimientos históricos, admitiendo que otras muchas pudieron darse que no se dieron. Pueden subrayarse sin la menor reserva algunas características de la Gran Guerra: su dimensión mundial, su naturaleza de “guerra total”, su radicalidad nacionalista, los sobrecogedores efectos destructivos, en fin, la vinculación entre el desenlace de la crisis de Sarajevo y la predisposición psicológica y diplomática que venía impulsando a las sociedades y a los estadistas en esa dirección. Todo ello induce a buscar hilos conductores explicativos, nunca determinantes, en las grandes transformaciones que experimenta la historia de Europa y del mundo desde el último cuarto del siglo XIX.

La “gran depresión” de 1873, primera prueba de envergadura del nuevo sistema económico liberal, de mercado, acaba saldándose en un formidable impulso del nuevo capitalismo, más concentrado, más eficiente, más combativo, que genera un salto formidable en la industrialización de los grandes poderes. La economía se internacionaliza, la competencia por los mercados agudiza las tensiones entre los agentes económicos y entre los Estados. El fenómeno económico se instala como importante recurso de globalización y de comunicación transnacional, pero también de rivalidad y de tensión entre las naciones, mientras que los enormes desarrollos técnicos de la nueva revolución industrial aseguran potenciales destructivos nunca antes vistos.

La evolución económica no podrá desconocerse: crea riqueza y prosperidad, pero también actitudes combativas por los mercados, y genera sobre todo mecanismos de producción que, en caso de conflicto, aseguran terribles formas masivas de destrucción. No es desde luego el factor más importante a la hora de rastrear el camino hacia la catástrofe del 14. Las nuevas y radicales manifestaciones nacionalistas constituyen otra huella que la historiografía ha seguido habitualmente. El XIX es el siglo de las naciones y de los nacionalismos, pero el fenómeno ha ido cambiando de naturaleza: los de la primera mitad se asientan en principios democráticos y, de alguna forma, “internacionalistas”; los del último tramo de la centuria, se vuelven darwinistas, excluyentes, antagónicos, rivales. Cristalizan y se adensan socializándose, atrayendo a los nuevos segmentos populares de la incipiente sociedad de masas a la causa colectiva de las patrias. Naciones que pretenden tener sus propios Estados o viejos Estados en busca de sus cuerpos nacionales, en definitiva se trata siempre de un fenómeno de enroscamiento social –a menudo estimulado por las estrategias políticas internas– en militancias patrióticas, a las que aporta densidad, crispación, radicalidad y espíritu internacional de discordia. En ellas están no sólo los pequeños nacionalismos irredentos, sino también, y sobre todo, los grandes. Las recíprocas imágenes populares de franceses, alemanes, ingleses o rusos revelan deformaciones cargadas de sentimientos de desconfianza, envidia y hostilidad, según los casos. La carrera de las potencias –grandes y pequeñas; europeas o no– por el reparto territorial, económico o financiero del mundo contribuye de forma particularmente visible a alimentar los desencuentros, los choques diplomáticos, con vencedores soberbios y vencidos rencorosos, que atizan el fuego sagrado del culto a las patrias, animan los procesos de socialización de los chauvinismos nacionalistas y acrecientan las rivalidades entre los Estados

La economía, las colonias, la capacidad militar o naval, el prestigio internacional son expresiones de una cultura de poder, nacionalista e imperialista, que avanza sin freno desde las últimas décadas del XIX... pero, si avanza sin freno, es en gran parte porque el sistema internacional se cuarteja irremisiblemente. El Reino Unido, potencia mundial garante del equilibrio europeo, está dejando de ser ambas cosas cuando concluye la centuria. El primer ciclo de

las construcciones nacionales ha rematado en el año 70 con la consagración de Alemania como gran potencia continental, mientras que fuera de Europa, los Estados Unidos y el Japón avanzan imparables para consagrarse también como nuevas potencias en los años terminales de la centuria. La “monarquía internacional” británica, señora y garante del sistema y por tanto de la paz mundiales, deja paso a una poliarquía, atravesada de rivalidades, que debilita terriblemente el orden internacional. Todo el elaborado y endeble tejido diplomático, desde los sistemas de Bismarck hasta la cristalización de los dos bloques en los años inmediatos a la contienda, no es otra cosa que la búsqueda persistente de equilibrios mediante contrapesos de poder y amenazas de fuerza, que, conducidos por el temor y seducidos por la cultura de confrontación, acabarán, primero por considerar inevitable la guerra y luego por resignarse a ella.

Por tanto, 1914 tiene, cómo no, antecedentes más o menos próximos y de muy diversa estirpe que explican lo acontecido desde aquel año. También muchos de los rasgos más caracterizadores de la nueva era histórica que se abre con el final de la Gran Guerra tuvieron evidentes “anticipaciones” en el período intersecular. La revolución económica, técnica y científica; la aparición de la sociedad de masas; la presión que ejerce ésta sobre las estructuras y el poder políticos del persistente liberalismo oligárquico; las formas revolucionarias en que comienza a canalizarse esa presión sobre el sistema; en fin, las alternativas intelectuales, culturales y estéticas contestando ya amplia y abiertamente los horizontes del racionalismo positivista del siglo xix, todo ello traza un puente de continuidad bien reconocible entre el antes y del después de la Gran Guerra.

Pero ésta, a cuyo arranque podemos llegar sin demasiadas sorpresas por “razonables” caminos de antecedentes, tuvo en sí misma tales dimensiones, inesperadas y catastróficas, que subvirtió de arriba abajo el mundo por ella alumbrado después del armisticio. A pesar de los profetas de la revolución, antes de 1914 las sociedades creían en general que los sistemas políticos representativos, basados en el respeto a los derechos y libertades de los individuos, eran realidades consolidadas y susceptibles de reformas; después de la guerra, la violencia y la destrucción resultaban tan familiares que ya era posible entender lo inimaginable antes del 14: esa ola de terror político, de aniquilación de clases, de aplastamiento de derechos individuales, que en nombre de la revolución socialista, de la tiranía nacional del Estado o de la dictadura racial, comenzaron a poner de moda los nuevos macabros ingenieros sociales de esas espantosas utopías colectivistas, fueran éstos Lenin, Mussolini o más tarde Stalin y Hitler.

Pero ese tenebroso mundo que ellos construyeron surgió de los escombros de una guerra, que desde esta perspectiva representa una de las grandes soluciones de continuidad de la historia. De ella emanó un magisterio, y hasta una pedagogía, de la destrucción: de seres humanos, de recursos económicos, de

instituciones políticas, y, sobre todo, de creencias, de valores, de comportamientos y de ilusiones.

Salvo en los dos últimos temas, que tratan de resumir el conjunto de cambios espirituales e intelectuales del período, el discurso explicativo de esta obra se ha organizado siguiendo una secuencia bastante atendida a la cronología, tanto en la sucesión de períodos recogidos en los respectivos capítulos, como en la organización de la materia dentro de cada uno de ellos. Comprendo que es una opción discutible y bastante clásica. Pero no se ha adoptado ni por pereza intelectual ni por espíritu canónico. Simplemente, el coordinador está convencido de que los viejos maestros tenían más razón que santos cuando recordaban que la historia no es nada sin la cronología y la geografía; o sea, sin las jerarquías del tiempo y del lugar. Un acontecimiento no sólo se explica por el antes y el después, sino por el resto de los acontecimientos coetáneos. De modo que la mejor forma de no entenderlo es aislarlo de los otros, sacándolo de su tiempo. Por eso aquí se ha procurado, aunque no siempre se haya logrado, subirlo al reloj preciso de la historia.

Cada capítulo, cuyos textos han procurado animarse con algunas imágenes que pretenden ser informativas y sugerentes, incluye una bibliografía, con breves indicaciones de su pertinencia, unas lecturas de obras literarias de ambientación histórica, y unas preguntas más o menos problemáticas que servirán al estudiante para fijar los principales aspectos tratados en el tema.

En esta segunda edición se han incorporado en todos los capítulos dos apartados especialmente útiles: un resumen y una cronología, que pretenden ayudar al estudiante en la fijación de los aspectos y momentos más destacados que se desarrollan en los sucesivos temas.

Especial novedad la constituyen justamente los títulos literarios, cuya lectura, además de tornar más agradable el estudio, hará más fácilmente invasivos los conocimientos y proporcionará al estudiante un importante plus cultural. Salvo los de los dos últimos capítulos, la selección de esos títulos y todas las indicaciones que los acompañan se deben al Profesor Francisco Fuster García, de la Universidad de Valencia, que en un tiempo récord ha preparado ese precioso material. La gratitud del coordinador y de los autores resulta por eso más que debida.

Este agradecimiento debe hacerse extensivo a la profesora Ángeles Lario que ha proporcionado la lista de obras cinematográficas, y a la profesora Josefina Martínez que ha seleccionado los títulos más convenientes.

Gracias también al profesor Julio López-Davalillo, autor de los dos últimos mapas.

Hipólito de la Torre Gómez
Coordinador